

María Luisa Erreguerena

Un día dios se metió  
en mi cama



La Máquina de Escribir

**María Luisa Erreguerena**

**Un día dios se metió  
en mi cama**

**La Máquina de Escribir**

**México, 1977**

*Para Alejandro Cuevas Sosa*

## LA PISTA

Mi madre es, como casi todas las madres, una santa mujer. Cuando se casó con mi padre le juró su virginidad. Al año nació yo. Al cumplir siete años vi que se aficionó a la música con un maestro llamado Epifanio. Cuando cumplí ocho nació mi hermano Miguel con sorprendentes dotes musicales. Cuando tenía nueve mi madre se dedicó a la pintura con un maestro de abundante barba que se decía sueco; al año nació José sonrosado y rubio. A los once me sorprendió dedicándose al deporte. Se vestía de blanco e iba a jugar con David, un guapo vecino, socio de un elegante club. No me sorprendió ya cuando se dedicó a la pesca de caracoles con un tal Luis, ni cuando coleccionó artesanías que buscaba incansable en pueblos perdidos con un antropólogo llamado Marcos. Cuando cumplí quince me fui a vivir a otra ciudad y le perdí la pista. Creo que ahora vive retirada, con mi padre.

## UN DÍA DIOS SE METIÓ EN MI CAMA

Un día dios se metió en mi cama. Yo como fui mal educada por padres católicos me quedé sorprendida y le dije: Pero dios, me habían dicho que eras casto. Castos los castores, dijo él y, como rió, supe que era un chiste. A mí me gustó que riera; los hombres que se portan serios en la cama suelen ser malos amantes, aunque el chiste no me pareció muy bueno.

Me contó que en el cielo suele aburrirse de todas las quejas de los hombres, de los problemas administrativos que tienen a menudo y de lo solemne de sus ministros; por eso a veces viene a la Tierra. Me preguntó de mí y de mi vida: le platiqué de lo simpáticos que son mis amigos; le conté por ejemplo de Leonora que se ríe cuando escucha la palabra chilindrina sólo porque le parece gracioso cómo suena. Le hablé también de que la noche anterior había ido a un concierto de estudiantes que tocaban el acordeón y cómo la Marcha de Aída cayó en forma de confeti, tan fragmentada y falta de solemnidad como eso, sobre un público que por sus buenas intenciones aplaudió con el mismo entusiasmo con que hubiese aplaudido a Verdi personificado.

Me preguntó si me importaba que preparara la cena. Le dije que no, pero que sólo había huevos y machaca. No parecía importarle mucho.

Mientras él preparaba la cena, cantando algo que parecía italiano (pero como era dios supuse que sería latín) arreglé la cama y recogí el cuarto, después fui con él y preparé café. Cenamos huevos con machaca y galletas porque no había pan.

Durante la cena hablamos mucho. Me contó que San Pedro es un necio y San Pablo un exagerado. Después nos sentamos juntos y le pregunté si quería oír música. Me dijo que sí pero cuando vio mis discos tuvo que admitir que no conocía mucho de música moderna. Escuchamos un disco de Cat Stevens.

Cuando terminó el disco, me preguntó si quería hacer el amor con él. Le dije que sí, que me parecía muy simpático.

Entramos en la habitación, de pronto me sentí cohibida y él también, ya no supimos qué decir; me gustaba mucho él, sus manos grandes, su nariz de judío, su pelo corto (contra lo que dicen las estampas, en su corte de pelo él es conservador). Me gustaba que estuviera cohibido y al mismo tiempo que no dudara de lo que ya había decidido.

Miré sus ojos, pude ver cómo desparramaba la soledad amontonada durante siglos, entonces tomó mi mano y la besó con deseo (de su parte y de la mía). Apagó las luces, nos desvestimos, descubrimos poco a poco nuestros cuerpos y los presentimientos pasaron a ser sentimientos.

Cuando terminamos dijo algo bonito, ya no me acuerdo qué y se quedó dormido. Yo me sentía muy bien; me gustaba que estuviera ahí, sentir su sonrisa, que hubiera llegado así de repente. Todo resultaba tan bonito que sentí una emoción muy cálida que se cristalizaba en

forma de lágrimas. Despertó entonces y viéndome llorar se preocupó: ¿Qué pasa, algo anda mal? No, nada, le dije. Me secó las lágrimas y me acarició el pelo.

Por la mañana nos despertamos tarde, aunque yo no me apuré, pues aquel día no trabajaba y supuse que él tampoco. Fuimos a desayunar a una cafetería. Más tarde, nos despedimos como buenos amigos.

## MARTA

*Para María Josefa Erreguerena*

Marta adquirió prestigio el día que le dijo a la directora chingue a su padre, y hubo un revuelo de risas y murmullos y está usted expulsada y me harán un favor contestó, y le avisaron a su papá y al día siguiente en el vestíbulo de vitrales amarillos, ante la mirada de una virgen, que parecía estar deseosa de conocer varón, como dice la biblia, se presentó el padre y le explicó que era el último año, que se portara bien porque él no quería problemas y se quedó castigada y yo la empecé a conocer ahí en el aula, durante el descanso, cuando todas salían menos nosotras, que veíamos por la ventana aquel patio que parecía el sueño de un viejo rey con mujeres, todas vestidas de azul y oliendo a virginidad, como si estuvieran en un establo, decía Marta, porque son como vacas y a ti ¿por qué te castigaron?, me preguntó, porque me encontraron un papel, le dije yo; ojalá la mis Lurdes se pudra en el infierno, qué pendeja me dijo y dijo lo mismo cuando una güerita de segundo salió gritando del baño, madre, me voy a morir, porque se había visto sangre entre las piernas y no sabía de la menstruación, qué pendeja volvió a decir Marta y a mí me encantó su manera de hablar y nos hicimos amigas y ella me dijo, en este colegio de mierda

todas son lesbianas y me contaba sus cosas, que una noche la mis Carmen se le había presentado en bragas y se le había metido en la cama, que se largue carajo, le dijo ella y la mis Carmen insistiendo con us senos y sus nalgas ahí, qué se largue, le dijo, que si no prendo la luz y le hago un escándalo y se fue la mis muy seria y refunfuñando quién sabe qué y por eso me tiene rabia, juraba Marta y en las vacaciones yo tengo un novio que se llama Sófo-cles y hacemos todo, porque con él me quité de esa madre que llaman virginidad y que si un día vienes a mi casa lo vas a conocer y me enseñaba secretos de mujer, que mira te sientas así y como por descuido la falda sube y tú que cruzas la pierna, no así no carajo que parece monja, mejor así, piensa en cualquier puta de Hólgud y ya está y me aseguró que yo tendría suerte en la vida porque hay dos tipos de mujeres, me dijo, las que están para joderse y las que estamos para disfrutar como tú y yo, carajo, y por ahí entre las tardes de castigo y los vitrales amarillos con vírgenes entre azucenas yo aprendía que si te quedas virgen después de los veinte te vuelves vaca, juraba Marta y llegó el fin de año y nos emborrachamos la última noche en el colegio, por irnos de este establo de mierda decía Marta y en el fondo un poco también para no estar tristes, carajo, porque sabíamos que no nos volveríamos a ver.

## DESDE AQUEL NOVIEMBRE

Desde aquel noviembre ya habíamos perdido la esperanza. Nos sentábamos en cualquier cafetería como esperando que pasara algo y sin embargo sabíamos que nada podía pasar, que a eso de las cuatro llegaría Felipe con su esposa Laura, que se sentarían con nosotros y tomarían café, que ya de noche iríamos a la fiesta de algún venezolano y que allí cualquiera de nosotros, un poco borracho, se pondría a hablar de la incomprensión de su familia.

Nadie sentía lástima. Manuel pasaba el tiempo con los ojos brillantes y hablando como en poesía de la dama blanca, yo fumaba marihuana y algunas noches hacía el amor. Todos los hombres se parecían demasiado; usaban pelo largo y sueters de cuello alto. Las mujeres también éramos iguales: con pantalones vaqueros y poco maquillaje.

Hablábamos de Patty Hearst, nos entreteníamos en ver cómo era raptada o encontrada por la policía en San Francisco, después sin más que decir nos quedábamos viendo a los extranjeros que tampoco tenían nada que decir en otras mesas del café. Y un grito se quedaba a vivir con nosotros e inventábamos la palabra silencio para nombrarlo.

Hacía frío y el sol se sentaba en cualquier banqueta como cantando despacito alguna tonada mexicana, no obstante, nadie hablaba de

México. Ni siquiera estando borrachos nos atrevíamos a decir que queríamos regresar. México siempre estaba demasiado lejos, demasiado perdido en los recuerdos de Acapulco y Cuernavaca donde había un clan, en que quizás, alguien se llamaba padre o madre. Hacía frío y Laura a veces hacía un comentario: yo fui edecán. La imaginábamos con su vestido a rayas repartiendo respuestas aprendidas en Suiza. Laura, sin embargo, ya no era aquella Laura de la Olimpiada, cada vez se parecía más a cualquier cosa que su marido dejaba encima de una silla. Veíamos indiferentes cómo iba perdiendo sus facciones para adquirir las de él, sus gestos, sus palabras, sus gustos, diluyéndose en la esperanza de un Felipe moribundo.

Felipe se suicidaba a sorbos en espera de ese momento radical y definitivo, acariciándolo, dejándolo entrever como si esa muerte en un hotel de tercera fuera irremediable. Felipe no decía nada y los demás tampoco.

Alguien nos definió, en aquel tiempo, como niños asustados, pero ya no teníamos esa excusa porque por las noches jugábamos a ser adultos. Yo a veces en la cama de Manuel me llamaba Mari y en la de Felipe Laura; ellos tampoco podían recordar un nombre que siempre fuera el mismo.

Encontraron muerto a Felipe y alguien dijo que estaba borracho cuando se suicidó; nosotros supimos que fue su único momento de lucidez. Dejó una nota con la palabra mierda.

## LAS RATAS

A veces una rata asomaba la cabeza en cualquier rincón del jardín. El que la veía primero estaba encargado de gritar a todos la noticia y de correr al arsenal de armas; escobas, barreños, palos, para su distribución. Mi hermana Rocío siempre con cara de asco en estas condiciones era la encargada de cuidar donde los naranjos, mi hermano por los rosales y yo por la puerta. Había órdenes precisas de no abandonar los lugares de guardia pero una vez dado el primer golpe todo era un caos, un correr entre gritos y palos, un no la dejes ir, por los naranjos. Después de repente se hacía una calma casi tan estrepitosa como la caza anterior. Nos quedábamos encantados viendo el vientre de la rata las más de las veces reventado. No era más que una pequeña venganza que nos estaba dada a cambio de largas noches de insomnio, en que oíamos el ir y venir de las ratas, primero en el jardín, luego en la despensa, en los pasillos. Irremediablemente ganando terreno, tal vez por eso ya muertas las dejábamos colgando en el naranjo toda la noche. Cuando llegaban los adultos se admiraban de nuestra crueldad y nos mandaban a dormir. Dormíamos en un cuarto grande. Ignacio rezaba en voz alta porque tenía miedo, Rocío se iba al baño y vomitaba, me dio asco nos decía a modo de disculpa, yo en el escondite de la oscuridad pen-

saba, las ratas va a venir a vengarse, las oía en el jardín, sus chillidos, su manera de mover papeles, su estar ahí, luego llegaban a la despensa y se comían el queso de las ratoneras sin quedar atrapadas, se van a comer la comida de mañana decía Ignacio.

Llegando la mañana subía María, nos ayudaba a vestirnos y nos daba de desayunar. Fue cerrando puertas; la del lavadero, de todas formas puedo lavar arriba, la de la despensa, de todas maneras ya no se puede guardar ahí comida.

El miedo también subía con nosotros. Las noches ya eran tan largas que huíamos al cuarto de María que quedaba en la azotea, pensábamos que ahí había más seguridad. Pero después nos dimos cuenta de que era mentira que las ratas llegaban hasta donde querían porque las vimos en la estufa y en el burro de planchar y sobre la chimenea y salir de la cama de mis padres y ahora no nada más era una y por eso no valía gritar a todos para ocupar sus puestos y armarse de escobas y correr tras ella hasta poder colgarla de un árbol. Tratamos de estar en paz con ellas y dejamos de poner ratoneras porque de cualquier modo no quedaban atrapadas y nos asustaban saliendo de entre las sábanas donde íbamos a dormir. María se cansó y metió en una maleta las pocas cosas que tenía, yo ya no puedo vivir aquí dijo y nos dejó un domingo cualquiera y entonces por las noches ya no había refugio porque el cuarto de María lo invadieron también y entonces Ignacio rezaba más fuerte y Rocío ya no iba al baño porque tenía la certeza de verlas entre sus pies y yo pensaba ahora van a vengarse y la noche no terminaba nunca de pasar.

## QUERIDÍSIMO ALFONSO

Tú sabes queridísimo Alfonso que yo no te maté. Nuestro matrimonio desde el principio fue bien y hasta nuestros amigos decían que éramos la pareja ideal. Tú siempre tan propio Alfonso y yo siempre tan mona. Hasta la luna de miel fue aburrida contigo, hasta el amor lo hacíamos por compromiso. Pero total, regresamos a una casita regalo de mis papás y a los tres meses empezaste a cansarte de tu papel de marido y yo te comprendí porque yo también me cansé de mi papel de esposa enamorada y volví con Luis que se sentía muy contento de que yo tuviera un marido rico porque así nos podíamos divertir más y tú volviste con la mujer que tu prima me contó y todo iba bastante bien y tú además tenías tus aventuras, pero por mí ni en cuenta yo con Luis tenía bastante. Todo iba bien y por eso digo ¿qué necesidad tenías de meterte con Margarita? Porque tú sabías muy bien que es una muchacha de pueblo y que cuando la fuimos a traer de su tierra su papá nos la encargó mucho y la mamá lloraba y tú portándote tan serio, tan de confiar, pero bueno ni modo. Lo hecho hecho está, porque mira lo mismo pensé el lunes aquel, porque tú te acuerdas que era un lunes ¿no es cierto? Yo me había levantado temprano porque tenía que ir a mi clase de francés y tú ya estabas desayunando. Margarita te preparó

tu licuado como todas las mañanas (esa noche yo te había oído bajar al cuarto de Margarita, lo que ya era frecuente) y yo no desayuné, porque mejor desayuno en la academia con mis amigas y chao mi amor y chao dijiste y cuando regresé estabas tirado en la cama más muerto que un santo cristo en la cruz y no entendí qué había pasado y llamé al médico. Yo sé que es tonto llamar a un médico para que vea a un muerto, pero en ese momento no se me ocurrió otra cosa y vi a Margarita llorando y me dijo no me acuse señora, el señor ya no tenía remedio. Eso de que no tenías remedio yo ya lo sabía pero me intrigó cómo te había matado, qué le diste, le pregunté, raticida en el licuado, me dijo. Pobre Alfonso. Así que fuiste a morir como una rata. De veras lo sentí, pero pensé que por otro lado no valía la pena echarle a perder la vida a Margarita tan joven y servicial, así que hicimos un plan y cuando llegó el médico le dijimos que tú te habías preparado el licuado y que la muchacha estaba lavando y que no escuchó nada y yo en la academia. Total que como además eras medio loco y andabas diciendo que te ibas a suicidar nadie dudó de nosotras.

No sabes qué bien se han portado, hasta el del seguro pareció conmoverse de una viuda tan joven y Luis también dijo que era una lástima porque hasta te había tomado simpatía. Eso es todo. Nada más vine a saludarte y a traerte estas flores y para que no me guardes rencor que sepas que yo, queridísimo Alfonso, no te maté.

## UNA BOMBA CON TREINTA MINUTOS PARA ESTALLAR

*Para Guadalupe Alvarez y Elena Rojas*

4.00: Me cae que en esta casa parecemos ingleses, pienso cuando veo que a las cuatro en punto se sientan mi padre y mi hermano a jugar la partida diaria de dominó. Sale mula de seises, escucho mientras voy a mi cuarto. Me veo caminar en el espejo y pienso en la cara que tendré cuando dentro de treinta minutos baje aparentando la mayor tranquilidad y les diga: Ya no voy a vivir con ustedes. Elegí las cuatro y media porque es la hora en que mi hermano se va a trabajar, mi madre llegará a la sala con una taza de café y la pondrá frente a mi padre que en ese momento terminará de guardar las fichas del dominó. Ya no voy a vivir con ustedes. Desde luego, entonces pueden pasar varias cosas. La primera, que mi madre diga no juegues con esas cosas porque no lo crea posible, eso no sería tan malo, no habría escenas sino cuando se den cuenta que ya no vengo a dormir, suena raro pensar que ésta ya no será mi casa. La segunda, que mi padre me pregunte y de qué vas a vivir y le recuerde que tengo beca y con una sonrisa me diga que con esa cantidad nadie vive.

4.10: Voy hasta el buró, encuentro los cigarros

y prendo uno. Lo he imaginado mil veces y no termino de verlo como real.

4.15: Ahorcado el cinco doble. Mi madre debe estar en la cocina. Si mi madre cree que sea capaz, entonces va a preguntarme que a dónde me voy, con una última esperanza de que me vaya a casa de una amiga o algo así y cuando le diga que ya tomé un departamento en la colonia Roma, va a hacer gala de su buena educación, casi puedo oírla diciendo algo sin venir al cuento sobre el honor y que una señorita el día de su boda debe salir de casa de sus padres. Cierra el seis uno, ahorcada mula de seises. Claro que siempre queda la posibilidad de que mi padre trate de darme un bofetón, pero no creo que sea tan pendejo. Me doblo a cuatros. Prendo otro cigarro y voy a la recámara de mis padres desde ahí podré ver cuando se vaya mi hermano. Es mejor que cuando lo diga no esté él. Seguro que ese chavo para nada va a ser una ayuda, él anda muy metido en el rol del establishment y se lo va a tomar muy a pecho (en calidad de futuro patriarca va a sentir amenazados los sagrados valores familiares). Ahora me doy cuenta de que a pesar de haber vivido tantos años bajo el mismo techo somos unos desconocidos y nos tenemos bien poco afecto.

4.20: Sale seis cinco. Desde el sillón en que me siento veo la cama matrimonial con un crucifijo de cabecera y una foto de los cuatro abuelos. A cualquiera se le ocurre poner la foto aquí. ¿Cómo harán el amor? Me cae que yo no podría entre crucifijo, suegros y padres. Pero ellos seguro que tienen mejores razones que

esas para no hacerlo, atrás de esa apariencia de matrimonio feliz debe haber demasiadas cosas que ocultar ¿habrá odio? Quién sabe, en la cena de Navidad, por ejemplo, algo muy parecido se dejó sentir, pero nada concreto, mi madre a punto de llorar (pero sin llorar claro), mi padre gritando un poco más que de costumbre, supongo que hubo algún lío con la querida de mi padre.

4.25: Les voy a decir que a partir de mañana me voy y de seguro van a sacar esa vieja historia de que siendo como soy no me voy a casar nunca y de que una mujer debería... a lo mejor mi padre toma un tono paternal y mi madre llora y me dicen que ellos sólo buscan mi bien, entonces yo me voy a sentir jodidamente culpable, y que lo mejor para una muchacha joven como yo es casarse, y yo me voy a encabronar ante la posibilidad de tener una familia tan linda como esta. Lo que sí es seguro es que a partir de mañana yo y mis veintiún años no vamos a vivir aquí.

4.30: Bueno, dice mi hermano, la revancha me la das mañana. Cuando pase todo esto me voy a poner un cuete poca madre. Oigo cómo sale y a mi madre llegar a la sala con la taza de café. Tengo las manos sudando, me muero de miedo, bajo las escaleras, me siento en la mesa junto a mi padre que recoge las fichas de dominó, mi madre agita el café. Desde mañana ya no voy a vivir con ustedes, escucho, un poco sorprendida, mi propia voz.

## CAMINAR AL REVÉS

María Estela empezó a sentir cómo caminaba al revés. Es el mundo de Alicia, pensó y se quedó parada para no dejarse caer tontamente en el abismo de la oscuridad. Vio venir a un personaje cojo y le dijo ¿quién es usted?, y sui le ami, contestó él como si ella subiera hablar francés. Usted parece demonio, dijo el hombrecito y se inundó de una carcajada que lo alejó con el paso tambaleante. Estela vio a María sentada frente a ella y la saludó: ¿Qué hay?, no le contestó ocupada como estaba entrando por puertas pequeñas que la llevaron a una estepa glacial donde empezó a sentir al frío treparse en su piel hasta instalarse en los senos y hacerlos doler. ¿Por qué fui mujer?, preguntó María y Estela se encogió de hombros como fingiendo no tener la culpa. Alguien afuera de la estepa hablaba de Kafka y ella no quiso escuchar. Se levantó y prendió el radio. Era Beethoven. Volvió a acostarse. Seguía haciendo un frío doloroso que se le pegaba a los senos, sin piedad, pero ahora el paisaje era más cálido, había un hombre con peluca blanca. Es Beethoven, dijo María y Estela supo que tenía razón. ¿Por qué escribe música?, le gritó. Porque me gusta soñar y estaba también Baudelaire ¿y usted por qué hace poesía?, porque ya dejé de soñar, dijo el poeta. Alguien cambió la música y María Estela pensó que no era motivo

suficiente para abrir los ojos. Por las paredes caían guirnaldas de flores y la música sabía a miel y a piel de hombre amoroso. La voz de alguien lo pintaba todo de verde. Estela se dejaba ir y María le aconsejó: aléjate ya no hay nada que podamos hacer. El cielo también tiene círculos, dijo Dante, pero estamos en el infierno recordó Beatriz desde su puesto de mujer amada. Había una niña sentada en el suelo. ¿Cómo empezó todo?, preguntó y Estela sintió piedad de quien todavía se pregunta por el principio. María la mandó al carajo; yo soy una mujer dura, pensó. Había un juicio. Estela no podía recordar si la acusaban de su dureza o de ser mujer. Vio a María entre los jueces y se sintió apenada por ella. Por favor cambien la música, dijo a otros jueces que los jueces del juicio que vivía. Alguien le hizo caso y entró Bach. Bach era piadoso. Es inocente, dijo, y la tomó de la mano llevándola hasta un lugar lleno de mujeres deshechas y de hombres san-grantes. Ahora eres libre, dijo él, y María Estela no supo qué hacer con su libertad. Tengo frío, dijo, alguien le puso una manta y ella se cubrió la cabeza. Era una cueva llena de murciélagos y lagartos. En el fondo había un hombre delgadísimo, lo reconoció cuando se acercó a él: Don Quijote lloraba. Estoy sólo, le dijo, y Estela sintió lástima, quiso tocarlo pero no pudo porque los separaba una inmensa pared de polvo dorado que se perdía en las estrellas. Había un reflejo de luna y una sonata de fuego que olía a arpas y a duendes de un bosque invadido de aquelarres. Soy joven, dijo ella, como si temiera olvidarlo y vio resbalar la triste son-

risa de Riple Van Vinkle después de sus muchos años de sueño. Soy joven, repitió Estela y sintió la mano de María sobre su hombro en un desesperado gesto de solidaridad. Hubiera querido prender un cigarro pero tuvo miedo de alejarse con el humo y no encontrar el camino de regreso. Siempre es duro el camino de regreso se dijo y empezó a caminar entre el frío intenso y el miedo de morirse, sabiendo que ahí estaba la verdadera sentencia de los jueces. Abrió los ojos y fue al espejo. Se reconoció y su reflejo fue más ella misma que ella misma. María se reía, Estela lloraba, sin llegar a un acuerdo sobre lo que ella debía sentir. Vio salir a alguien del cuarto y sintió miedo de ver la verdad, pero, qué es la verdad preguntó Sócrates desde atrás de su copa de cicuta, el carajo, dijo Estela y todos se rieron de la muerte inminente del filósofo. María Estela se acostó tratando de dormir. Ya sé lo que es filmar con Fellini, se dijo y fue recorriendo Roma entre payasos y estrellas. Empezó a sentir los párpados pesados mientras María le recriminaba que hubiera tomado hongos. Estela seguía llorando en un campo de rosas silvestres recordando su escuela y su trabajo, sabiendo que de eso no valía la pena recordar nada. María y Estela sintieron un odio profundo a la rutina y por primera vez en toda la noche ambas quisieron regresar a la puerta dorada que en el mundo de Alicia era la entrada de un río que llegaba a Mozart, un Mozart suave y tierno, especulador y arbitrario que tal vez, pensó María Estela, comprendería algo de todo lo que estaba sucediendo.

## ¿RECUERDAS TERESA?

¿Recuerdas Teresa que llegaste un sábado por la mañana? Nuestros padres no estaban en casa y yo vi cómo la capa de humo negro (tú me decías que era miedo) emblanquecía hasta hacerse transparente. Me acompañaste al mercado. De regreso ayudamos a mamá a preparar la comida, mientras nos contabas riendo de alguna noticia en el periódico y te enterabas de que la prima Rosa ya tiene novio y mamá dice que es muy pobre y yo no sé por qué no lo veo mal.

Después de comer, con migas de pan sobre el mantel y la cocina llena de trastes sucios: vengo a avisarles que van a tener un nieto, y la casa se llenó de un silencio pegajoso y turbio. Mi madre buscaba entre sus personajes de la televisión, archivados pacientemente durante años, una tarjeta para colocarte, ¿la mujer abandonada?, y te veía beber tranquilamente tu café, sabiendo que no. ¿La víctima de un hombre casado? Tal vez, pensó, tal vez. Papá dijo algo así como ¿el padre qué dice, está de acuerdo? Vivimos juntos desde hace algunos meses y pensamos que nuestra relación no debe cambiar, terminaste de decir, antes de tomar otro sorbo de café. Por la casa llovía (no afuera, sólo adentro) y nos mojaba de asombro, y no sabíamos si creerte o no. Lo espero para diciembre. Sacamos cuentas y llevabas dos meses. Pero no

hablamos más: de todas maneras harás lo que te venga en gana. Y tú y yo nos quedamos en mi cuarto.

¿Tienes miedo Teresa?, y el miedo era mío, rebotando sobre los estantes de libros (llenos de muñecas), porque sabía que ese humo negro era lo que me detenía en casa, y por eso, yo en tu lugar, me hubiera casado.

Sí, hermanita, me miraste como a un cómplice, todas las mujeres tenemos miedo y es lo que suele atraparnos en el altar y en la cama, y te sentaste con seriedad. ¿Tú te masturbas? Querías cambiar el tema y te reíste de mi asombro por la pregunta. Vamos, te ayudo a recoger la cocina. La casa se empezó a hacer grande y los trastes parecieron multiplicarse; ¿no te aburres?, y se rompió el aburrimiento hasta salpicarte a ti misma, Teresa con tus preguntas inesperadas. ¿Vamos al cine?

La calle sabía a naranjas y a vino porque te sentía a ti como un atreverse a caminar por un muelle lleno de historias. Hacía calor y la tarde se entretenía en las cosas más impredecibles, como una feria o un circo.

Cuando regresamos, por la noche, mi padre sentado en la sala: ¿Por qué no te casas, aunque sea por el niño? No lo hacías, después lo supe, porque no creías en el matrimonio. No aceptabas tener un hijo de un contrato. No soy una mercancía, le dijiste a papá, y no entendió. Mi madre lloraba. Estás loca, Teresa, te dijeron, y tú supiste que explicarles cualquier cosa hubiera sido inútil.

## MERCEDES

Al entrar, Mercedes, tenías algo más que tu cansancio y tu apresuramiento por hablar. Víctor puso a Mozart para parecer culto mientras Lupe y Toño prendían la chimenea. Cuando terminaste de forjar, se sentaron haciendo un círculo que terminaba en un pequeño punto del cenicero. Mozart sobra, o tal vez no nada más el sino todos, pero Mozart salió y los demás se quedaron y Víctor puso a los chingones de Stone the Crows y tú te encerraste en un rincón sin paredes, rodeada por un sax algo pegajoso y molesto. Lo importante del 68, dice Víctor, no es lo que pasó el dos sino el tres de octubre. Sientes cómo las palabras rompen a las palabras y sostienes a Stone the Crows entre los dedos para que no se rompan también. Lo malo es que no pasó nada, sigue Víctor con su aureola de intelectual. El sax pinta el cuarto de amarillo hasta que todo se vuelve un explosivo a punto de estallar y sales al jardín, Mercedes-lectora de misterios, porque adivinas que en la tierra bajo tus pies, hay un mundo oscuro donde habitan murciélagos y lagartos en grutas infinitas que te hacen tener ganas de llorar. Quisieras poder estar tranquila y guardarte un pedazo de noche para saborearlo a solas. De adentro sale un círculo de palabras en inglés y Víctor tras un pedazo de luz, ¿toquecín maestra?, es de la buena. Esa mota tiene

un olor predestinado a secretos que de saberse lo cambiarían todo. Vamos adentro hace frío y entras Mercedes con un bajo que te hace recordar guerras de Vietnam y mundos extraños de LSD y hongos. ¿tú le has llegado a los hongos?, y vuelves a oír esa vieja historia de Víctor—repetidor incansable de un viaje (ya huele a moho) de purificación y cómo acabó, si es que terminó, en el metro de Insurgentes con un ejército de barrenderos, de Fellini maestra, porque ellos limpian la ciudad en la madrugada sin que nadie los vea.

Lupe-Toño hablan de las nuevas sensaciones. Es el buen rollo me cae, es como despertar de un sueño (si quieres seguir vivo ten mucho cuidado, dice la canción) y hablan de Timoty Leary y María Sabina, los nuevos héroes de la chingada, dices tú y todos se rien.

Te clavabas en un póster de colores y tú Mercedes-recordadora los ves cuando, let it be, andabas en hongos (espirales verdes y azules). Alice Cooper entra invitado por Lupe cuando tú sabes que el cielo sí puede caerte encima, a pedazos, sin ningún motivo. Toño apaga la luz, fajecísimo maestra, pero no quieres sentir a Víctor-pulpo y te vas a la cocina a preparar algo de comer. Lupe-Toño, piensas, inventan una canción menos importante que la de Cooper.

Mientras haces el espagueti no sabes por qué te imaginas la historia de una mujer que se prostituye. Miras a Víctor acostado sintiendo la música. Buena onda de chavo. Por la ventana se ven árboles y vuelves a pensar en esas grutas oscuras y pobladas de seres deseosos de subir a éste, tu mundo, porque creen que es

mejor, qué pendejos piensas. Vénganse ya está la cena y la luz se hizo y sobres maestrines qué buena onda. Toño—Víctor compañeros de recuerdos espantan, con sus risas, a los lagartos que ya estaban subiendo. Alice Cooper sigue cantando (no es tiempo de hacer cambios, ¿por qué no te quedas aquí para siempre?). Después de cenar Víctor-tú bailan. Ves el humo de la chimenea manchando el cielo de un gris violeta por lo oscuro. No puedes olvidarte de las grutas. Lupe hace café y huele a hogar, no te azotes maestra, y tú Mercedes-niña te refugias en Víctor-hombre aunque sabes que él no podrá salvarte.

## LA REMOTA ESPERANZA

No es suficiente odiar tu ausencia para saber que no estás aquí. El día es una angustia que se me sube hasta el cuello y juega como si ése fuera un lugar cómodo. Un cansancio que se recuesta en mis párpados bosteza. Siempre que te vas sucede lo mismo; escucho un rato mis quejas de mujer sola, a ratos abandonada y después lloro. Lloro, sin saberlo seguro, porque la oscuridad se me cuele entre las sábanas y una locura triste se balancea en la mecedora. La lluvia toca el vidrio como si quisiera entrar. Tú no estás, te fuiste hace tiempo en un barco que partió para Oriente. No pude hacer que te quedaras. Una mujer no puede aportar mucho más que sus sueños a las noches de un hombre. Con un hombre pasa lo mismo. Te dejé en tu mundo de caracolas celestes para vagabundear por puertos estivales. Deben haber envejecido esos deseos de regalar estrellas y soles, de inventar unicornios y sirenas, enmoheciéndose hasta llamarse tranquilidad. Recuerdo que hubo tormentas. ¿Recuerdas tú la noche del aquelarre en el parque? ¿Cómo tus manos sujetaban mi angustia y la hacían morir? Yo, en venganza, era cruel con tu miedo. Después de la tormenta hubo calma. Me llamaste linda, te llamé amor y te besé. ¿Y si volvieras? Si volvieras con tu portafolio negro y te sentaras en el sillón junto a la lámpara y leyeras como todas las noches.

Cenaríamos juntos y después saldríamos a caminar. Escucharíamos nuestros pasos y ya de regreso, tal vez juntos, nos reiríamos de algo. Pero es mentira. Si volvieras me reprocharías el haberte abandonado. Te recordaría yo que me dejaste tú tal vez por otra mujer (me dirías tú que no, que esos son celos absurdos) y yo terminaría por llorar. No llores me dirías tú y los dos nos quedaríamos callados inventando, casi sin querer, un escenario de amor. ¿Qué te has hecho?, preguntaría yo para hablar de algo y tú traerías noticias de un mundo profano y herético. Sin venir aparentemente al caso me preguntarías que si ando con alguien (no me creerás si te digo que no). Pondrías mala cara y dirías que ya te vas, que estás cansado. Los dos sabremos entonces que te vas a quedar, que vas a descubrir una fábula que yo no inventé para ti, ni tú para mí. Es mejor que te vayas, diré yo alimentando al dragón que no supo cuidar de la princesa. Sí, es mejor que me vaya, dirás tú e inventaremos los silencios necesarios para quedarnos. Me he sentido solo, dirá alguno de los dos y el otro comprenderá. ¿Por qué no te quedas hasta mañana? (tal vez sea noche y esté lloviendo), y te quedarás desnudo y solitario en la cama de una mujer igualmente desnuda y solitaria y ¿si volvemos?, nos atreveremos a decir ya por el amanecer e inventaremos un futuro fantasma pero a esa hora ya no importará porque cuando finjamos dormir y las manchas en la pared inventen esperanzas, habremos de pensar que el mañana no importa, que una noche siempre es al fin y al cabo una noche menos.

## NIKOS

*Para J. Santiago*

¿Tú crees que todas las mujeres somos putas?, pero Nikos no me oye, prendo un cigarro y aspiró el humo. Estamos en la azotea y desde aquí pueden verse los tinacos mezclados con reflejos de luces y ropa tendida. Repito la pregunta: Nikos, ¿tú crees que todas las mujeres somos putas? Sonríe, no sólo las mujeres, también los hombres, todos llevamos una puta dentro, lo único que cambia es el precio, los más pobres se venden por dinero, otros por compañía, por miedo... veo que la luz en la habitación de mis padres se apaga. Hoy es viernes y los viernes hacen el amor.

Me imagino a mi madre piernabierta y sudorosa y a mi padre agitado y torpe. ¿Por qué lo preguntas? Por nada, cuando mi papá llega borracho lo dice, por eso. Tu viejo, asegura Nikos, está loco.

Nikos es un filósofo, por eso entiende a las mujeres. ¿Por qué no me hablas de Grecia?, le pido y él me cuenta que la isla parece una muchacha enamorada con sus calles empedradas y su mar alegre y salado. Hace frío. ¿Bajamos? Vamos a su cuarto, un lugar inventado por la magia de alguien. Nos desvestimos. ¿De verdad eres griego? Ante cualquier duda nótese la na-

riz, bromea él y yo me río. Usted qué dice. Siempre que me ve desnuda me habla de usted, dice que porque no se le debe hablar de otra manera a una mujer dispuesta a hacer el amor.

Nos metemos en la cama; a él le gusta que estemos abrazados y juntos ¿Leemos?, Nikos lee a Dafnis y Cloe, una historia de amor muy antigua de su país, las palabras casi nos separan pero nuestras pieles se juntan y yo busco su soledad con la palma de mi mano, dibujo su cuerpo hasta que él deja el libro y encuentra mi historia perdida a ratos en su piel. Nos separamos; él, se va por un camino alegre que llega a una isla desierta donde estoy yo. Yo, me voy por un mar profundo y transparente hasta que aparece él. Al oído me susurra un recuerdo de Borges: ¿Qué importa que no llamemos a la rosa, rosa? La rosa sigue siendo rosa.

Nos quedamos tranquilos, no queda sueño qué inventar ni recuerdo qué construir, todo parece edificado ya. Me duermo y cuando despierto es tarde. Me levanto y me visto. Ya me voy Nikos, le digo y él sin abrir los ojos: Piense en mí, brujita, me dice. Sí, griego, claro que pensaré.

Las escaleras están oscuras y mi madre espera con su bata bermellón en la cocina. ¿Por qué tan tarde? Me entretuve en casa de Eugenia, le miento. Está de mal humor, toma del armario una botellita con pastillas para los nervios. Tomaré una antes de dormir, me dice, como si después de tomarlas durante años necesitara dar alguna explicación. Sale y se vuelve vieja, viejísima, como si le pesaran dema-

siado todos esos viernes en que mi padre llega borracho y hacen el amor. No olvides apagar la luz, me recuerda antes de desaparecer y yo la apago y camino por un pasillo con una historia más que sabida de memoria.

Antes de dormir pienso en Nikos, ojalá nunca más fuera viernes por la noche, lo veo venir por su ciudad griega y llegar hasta la azotea donde yo tengo que inventarlo para no oír a mi padre cantando en la escalera y a mi madre ayudándolo a entrar.

---

Se terminó el 30 de noviembre de 1977 en la Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D.F. Se imprimieron 1,000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de Federico Campbell.